

El Racismo y el Psicoanálisis

Por ENRIQUE GUARNER

SE denominan razas a los conjuntos de seres humanos que presentan rasgos físicos comunes, los cuales transmiten hereditariamente a sus descendientes. Estos caracteres son de diversas índoles aunque el más aparente resulta el color de la piel que ha dado lugar a la clasificación general. Es así como desde el punto de vista étnico existen los siguientes conglomerados raciales: 1) El caucásico o europeo blanco, dividido en mediterráneo y nórdico; 2) El mongólico asiático; 3) El de origen negro africano; 4) El semítico arábigo que incluye a los judíos; 5) El malayo polinesio y 6) El indígena americano.

Algunos autores simplifican el índice incluyendo a los semitas dentro de los caucásicos y a los malayos así como a los americanos entre los mongoles de los cuales proceden.

En realidad se puede afirmar que la pigmentación de la piel humana deriva de los efectos ambientales, puesto que las capas cutáneas más oscuras se dan entre los que habitan en la cercanía del trópico y las claras en las regiones más frías. Las excepciones que encontramos se derivan de migraciones o de la mezcla de los diferentes miembros donde los descendientes van adquiriendo genéticamente las características del ser dominante.

La teoría racista parte de la idea de la superioridad de un conglomerado sobre otro. Los argumentos que más se suelen ostentar son: 1) La humanidad está dividida en razas superiores e inferiores. 2) Las características mentales se manifiestan al transmitirse por herencia y subsisten inalteradas en cualquier circunstancia. 3) La historia del hombre consiste en la lucha entre los grupos raciales, de tal manera que cuando uno descollante se contamina por uno menos fuerte se produce su degeneración.

De inmediato uno se cuestiona sobre la finalidad que se persigue al formular la teoría racista y la respuesta es que aquel que la sustenta muestra un afán por justificar la esclavitud de una nación débil por una más potente. En el papiro Leyden numerado 344 descubrimos cómo los egipcios hacían notar que poseían una superioridad natural sobre sus vecinos a los cuales subyugaban. Posteriormente los persas continuaron con la misma concepción y valiéndose de la idea de su adelanto militar reclutaban como esclavos a los prisioneros de guerras a los cuales consideraban como inferiores.

Los descubrimientos geográficos de los portugueses y españoles permitieron observar las diferencias morfológicas que existían entre los pueblos blanco europeos y los indígenas americanos, de tal manera que los contrastes en cuanto a los niveles de civilización sirvieron como fundamento para justificar la idea de que los grupos atrasados resultaban incapaces de desarrollarse.

En los siglos XIX y XX el racismo alcanzó una gran difusión siguiendo lo que podríamos dividir en tres teorías consecutivas. La primera sobre la base del poligenismo, según la cual se negaba la comunidad dentro de la especie humana.

Desafortunadamente para quienes la sostenían Charles Darwin en 1859 escribió el «Origen de las especies» demostrando que todos los hombres pertenecemos a la misma especie y que las razas poco civilizadas constituyen variedades incipientes que no han tenido las mismas oportunidades de desarrollo. Con este descubrimiento la teoría racista perdió su base principal de sustentación y recurrió a un nuevo argumento para volver a sustentar la disparidad. La nueva hipótesis partió del diplomático francés Arturo Gobineau quien publicó el «Tratado sobre la desigualdad de las razas humanas», donde sustentó la tesis de que de las diez grandes culturas del hombre, siete fueron logradas por los blancos, tres por los amarillos y ninguna derivada de los negros. Esta idea desencadenó lo que podríamos denominar el «darwinismo so-

cial» expuesto en 1895 por el antropólogo alemán Otto Ammon quien escribió «La selección natural en el hombre» en el cual insistía en la superioridad de las razas arias blancas y con cráneos alargados (dolicocefalos) sobre las inferiores que presentarían tez oscura y cabezas estrechas (braquicefalas).

Por supuesto que la tesis anterior resultaba una absoluta tontería puesto que el mismo Charles Darwin había estudiado la vida de los habitantes de la Tierra de Fuego demostrando que existía un profundo parentesco en lo que se refiere a su mentalidad con los europeos y que las ostensibles diferencias culturales se derivaban de la historia y la incorporación de progresos de tipo técnico.

A pesar de su falta de datos favorables los racistas adoptaron una tercera opción valiéndose de la eugenesia. Su argumento fue que la humanidad había dejado de observar las leyes de la naturaleza ordenándose a su extinción por el predominio de los peores sobre los superiores. Los primeros poseen un índice de la natalidad más alto y son los causantes de las calamidades que la sociedad padece como: la inmoralidad, el desempleo, las crisis económicas, etc. Los que sostienen la teoría eugénica piensan que el planeta deber ser sometido a la selección de los mejores que impidan la multiplicación de aquellos que carecen de sus atributos.

Cuando estas medidas se toman en su conjunto forman lo que se denomina «higiene social». Para fundamentar sus principios el racismo recurre a la genética, la estadística y la psicotécnica deformando los datos para racionalizar sus propósitos. Sin embargo, los psicoanalistas sabemos que el 90% del componente mental del ser humano es adquirido y que un yo desarrollado es lo que hace a una persona superior sobre otra.

En la realidad todas las teorías sostenidas por los racistas son falsas porque existe una unidad biológica de las razas y el fenómeno psíquico se complementa a través del conocimiento. Es más, los matrimonios de grupos dispares originan descendientes mestizos que frecuentemente extienden de manera ilimitada sus cualidades mentales. Incluso el factor de la corrupción que impera entre nosotros no es algo genético, sino una transmisión de algunas morales procedentes de nuestros padres y la forma de gobierno.

La teoría de la superioridad de la raza nórdica tan defendida por los alemanes cae totalmente por su peso cuando se estudian los frescos y bajorrelieves egipcios donde se observa que los habitantes del Nilo eran de tez cobriza y cabello negro; en tanto que según las pinturas, los libios tenían la piel blanca, ojos azules y pelo rubio. Sin embargo, fueron los primeros quienes desarrollaron una civilización cien veces superior a sus vecinos.

Otra concepción negativa de los racistas parte de

la idea del aislamiento y de la entrada de algún elemento extraño a lo que conocen. El absurdo de este punto de vista resulta evidente puesto que tanto los europeos como los indígenas americanos se enriquecieron con la conquista. Sin esta última no se hubiera conocido la rueda, el ganado, las bases de la metalurgia, muchísimos árboles frutales, etc. A su vez el viejo continente recibió millones de plantas y animales desconocidos. Podría incluso formarse una lista impresionante de lo que cualquier pueblo ha influido en otro y cuando se opta por la comunicación es cuando la raza degenera.

Aspectos psicológicos

El racismo se caracteriza en su esencia por su actitud estereotipada cargada de emociones desfavorables contra las personas que pertenecen a otros grupos. Esta forma de pensar no es instintiva, sino adquirida, puesto que se ha observado a los niños de diferentes razas jugando libremente juntos. En otras palabras, el racismo resulta un aprendizaje transmitido de padres a hijos, o de profesores hacia sus alumnos. En general, aquellos que inculcan las doctrinas son autoritarios y dominantes de tal manera que sus opiniones prevalecen, se vuelven rígidas e inalterables. Además quienes las sostienen hacen creer que perteneciendo a una raza superior se impide la intrusión de los inferiores formando un círculo cerrado que será inexpugnable.

El individuo racista aprovecha el atraso o peculiaridades de los demás para realizar todo tipo de racionalizaciones, o sea, argumentos favorables aunque falsos; para justificar sus sentimientos. La realidad es que dentro de todas las razas existen sujetos: limpios o sucios, religiosos o ateos, arrogantes o tímidos, ricos o pobres, etc., pero la persona prejuiciada asegura que los defectos deben ser aborrecidos porque representan una amenaza.

Lógicamente uno tiene que preguntarse ¿cual será la razón del peligro que despierta tanta inquietud? La respuesta es que los miembros de otra raza son temidos y odiados porque sus prácticas sexuales ponen en peligro la represión de los impulsos primarios. Es decir, que no resulta accidental al analizar los sentimientos reprobatorios el que aparezca algo de carácter erótico en el grupo aborrecido. Es por ello que los pueblos católicos hablan tanto de los pecados como orgías y adulterios de los herejes. A su vez estos últimos siempre sacan a relucir cuentos o chistes contra los curas, las monjas o el mismo Papa. Los judíos piensan que los gentiles son poco trabajadores y se relajaban con las mujeres; mientras los cristianos detestan a los hebreos por su falta de escrúpulos con el dinero y más en el fondo porque racialmente no se mezclan con ellos.

Los blancos consideran a los negros y a las pieles oscuras como perversos por-

que según ellos se asemejan en su conducta sexual a los animales. Por otra parte los primeros consideran que los caucásicos los han explotado apoderándose del dinero, el cual usan para gozar de una vida disipada.

Sin embargo y a pesar de su racismo que rechaza cualquier matrimonio mixto, los que pertenecen a determinadas castas aceptan las relaciones sexuales con seres que pertenecen a grupos considerados como inferiores. Tal vez derivan su satisfacción de que el involucramiento es puramente instintivo.

El ejemplo más claro de racismo nos lo da la sífilis, padecimiento que se transmite a través del coito. Los franceses que comenzaron a sufrirla en 1492 a partir del sitio de Nápoles, la llamaron «mal napolitano». Cuando la enfermedad pasó a Alemania se la conoció como «mal francés» y como los germanos se la contagiaron a los polacos se la denominó «mal teutón». Incluso en México el racista Diego Rivera pintó al conquistador español Hernán Cortés como sifilítico con lo que demostró su prejuicio racista.

En conclusión, el racismo que siempre se ha estudiado como resultado de la apariencia, ignorancia o fuerzas económicas, es un fenómeno que tiene sus bases en la sexualidad humana.